

EL PERDÓN

ERLANTZ GAMBOA

El perdón

Enrique entró sigilosamente en el cuarto. Olía como en cualquier hospital y se veía igual de tétrico. Gustavo estaba en la cama, con el rostro cerúleo, los ojos cerrados y la vida sujeta de un delgado hilo.

—¿Estás despierto?— preguntó Enrique.

El moribundo abrió los ojos y observó a su visitante. Luego asintió con la cabeza. Enrique se acercó y sentó a su lado.

—Vine hace dos días, pero estabas...

—Lo sé —susurró el enfermo.— Le pedí a Clara que te llamase.

—He venido lo antes posible.

—Me muero, Enrique.

—No, no creo. La mala hierba no muere.

Enrique tragó saliva. Le extrañaba que aún estuviera vivo, pero debía darle una remota esperanza.

—Ya estoy muerto —musitó Gustavo.— Sí aún respiro es por... lo que llevo dentro.

—¿Dentro...?—Enrique miró la aguja intravenosa y el suero de la bolsa.

—Debes perdonarme, Enrique. Te he hecho daño y quiero pedirte perdón.

—¿Tú. . .? ¿Qué daño me has podido hacer tú?

—Escucha... No tengo mucho tiempo, así que escucha.

—Escucho—puso expresión de escuchar atentamente.

—¿Recuerdas aquel reloj japonés que se te perdió?

—No.

—El que te regaló tu padre hace... veinte años.

—¿Ése? Sí, sí lo recuerdo

—Yo te lo robé.

Enrique movió la cabeza hacia los lados. Era un reloj barato, regalo debido a unas buenas calificaciones. No tenía gran valor.

—Quiero que me perdones- dijo Gustavo.

—¿Por qué? Pensé que lo hacías por venganza.

—¿De qué me iba a vengar?

—Pues... de lo mío y Rocío. Tú salías con ella, en aquel tiempo, y yo entraba por su ventana cuando la dejabas en la puerta de su casa. Tú le dabas besitos y yo... el resto. Creí que te habías enterado y te vengaste robándome el reloj .

—Rocío... —susurró Gustavo.— Se hacia la puritana, pero era una golfa. No, no sabía lo de Rocío

—Bueno..., al fin y al cabo no hay nada que perdonar.

Gustavo tomó aire y luego respiró con dificultad durante unos segundos. Con voz queda dijo:

— ¿Y tu tarjeta de crédito? La que se te perdió en la playa. Yo te la robé, .

— Eso me imaginé...

— ¿Y no te importó?

— Solamente gastaste doscientos. En verdad que no fue mucho.

— Te quedaste sin dinero, yo te presté y luego me pagaste. Te presté de tu propio dinero.

— Lo recuerdo, fue durante aquellas vacaciones en la playa. Pensé, que lo hacías por venganza.

— ¿De qué?—preguntó la voz de ultratumba.

— Yo me acostaba con tu hermana Aurora en aquel tiempo. Y en la playa lo hice con Irene. No me pareció caro por tus dos hermanas.

— ¿Con las dos?— los ojos del moribundo se desorbitaron.—No lo sabía. No fue por venganza, sino por envidia.

— Envidia... ¿De qué tenías envidia?

— De tu carro rojo, aquel deportivo rojo...

— ¡Ah, sí, mi deportivo!

Enrique frunció el ceño. Gustavo sonrió. Ahora sí tendría una razón para perdonar.

— Yo fui quien te lo rayó cuando estabas en el mirador. Bueno, tú estabas tras algún matorral con una mujer. Lo tuyo siempre fueron las faldas. Y rompí los espejos retrovisores y pinché tres llantas.

— Así que... fuiste tú.

— Sí —Gustavo asintió con orgullo.— ¿Me perdonas?

— Regresamos caminando hasta encontrar un taxi. A ella se le rompió el tacón de un zapato. Llovió y nos empapamos.

— ¿Me perdonas?— preguntó Gustavo con sonrisa irónica. —Saber que había hecho daño le producía una gran satisfacción.

— ¿Yo. . .? ¿Por qué yo? La que debe perdonarte es Clara.

— ¿Por qué mi esposa?

— Fue la que más sufrió aquella noche: el tacón roto, la caminata, la mojadura y... ¿quién sabe lo que le dirías por llegar tarde?

Gustavo cerró ojos y oídos. Enrique se quedó mirando al techo.